

gran espacio con sus masas, distinguiéndose en esto de los otros congéneres del orden. Nadan con la cabeza levantada, moviéndose uniformemente como otros ofidios; son superiores sin embargo á estos, al menos á todas las especies que no pasan toda su vida en el agua, por la facilidad y gracia con que cortan las olas. Su ancha cola á modo de remo, las fosas nasales situadas en la parte superior y que pueden cerrarse con una especie de tapa; los espaciosos pulmones, la pequeña cabeza, la delgada parte anterior del tronco, que es cilíndrica, la compresión lateral de todo el cuerpo y quizás también la estructura particular de las escamas; todo en fin contribuye á que estos reptiles sean el tipo de rapaces marinos muy bien dotados. La cola que en muchas especies puede servir de órgano prensil, sirve por todos conceptos como la de los peces; gracias á ella, esos ofidios cortan las olas con la rapidez de una flecha, y también hace las veces de ancla cuando quieren descansar sobre arrecifes de coral ó rocas; las fosas nasales, situadas hácia arriba, les permiten respirar de la manera mas cómoda; sus espaciosos pulmones les hacen posible permanecer debajo de la superficie mas tiempo que todas las otras serpientes; y el delgado cuello, en fin, les facilita coger con seguridad, ó cuando menos herir mortalmente á su presa, efectuando un brusco movimiento hácia adelante ó una evolución lateral. Cuantos observadores vieron á esos ofidios nadar en agua clara están unánimes en admirar su agilidad y rapidez. Cuando reina la calma permanecen al parecer dormidos en la superficie; no son muy tímidos, pero sí cautelosos. Algunas veces pasa un buque por en medio de ellos sin que esto les inquiete, mientras que otras se excitan al mas leve ruido que parece sospechoso; por ejemplo cuando se acerca una lancha, entonces vacian sus pulmones, bajan á la profundidad, y solo una serie de burbujas de aire indica su existencia. El examen de su estómago ha demostrado que se sumergen á muy considerables profundidades; y de observaciones fidedignas resulta que también descansan mucho rato debajo del agua.

Cuando se intentó construir un faro sobre las rocas de Basels, resto de las islas de Giri, destruidas por las olas, halláronse en la primera visita, entre los centenares y miles de peces que habitaban las numerosas cavidades de aquellas rocas, una infinidad de serpientes marinas, y entre ellas algunas de 1^m,50 de largo, que enroscadas descansaban tranquilamente. Irritadas por la molestia que se les ocasionaba, mordieron furiosamente las sondas que penetraban en las cavidades. Los ceilaneses que servían de guías á los arquitectos europeos, aseguraron que las serpientes marinas no solo envenenan mortalmente sino que también estrechan á sus adversarios con sus anillos á fin de ahogarlos. En general, los observadores modernos están conformes en que estas serpientes no son nada perezosas ni dóciles, sino al contrario muy ágiles y furiosas; que en su elemento, lo mismo que sus congéneres en tierra firme, muerden á todo enemigo supuesto ó verdadero, hiriéndose también á veces á sí mismas. Ciertamente su abundancia, rara vez sucede que muerdan á un hombre; pero esto es muy fácil si se las molesta en su elemento, porque son muy irritables. No es fácil que un pescador penetre en el agua frecuentada por ellas, aunque las mismas serpientes se retiran casi siempre cuando se acerca un barco; pero sucede bastante á menudo que los platicercos muerden á los que se bañan sin la precaución necesaria. Los individuos cogidos en las redes causarían también muchos estragos si los pescadores no comprendieran el peligro que puede resultar de no proceder prudentemente con unos reptiles que tan á menudo se cogen en número demasiado crecido. El temor de todos los pescadores indígenas á las serpientes marinas es del todo funda-

do, pues sus mordeduras producen exactamente los mismos efectos que las de otros ofidios de dientes surcados. Los naturalistas indios, sobre todo Russell y Cantor, han reconocido esto suficientemente, y aunque Siebold observó que algunos marinos cogían esas serpientes con la mano sin que les mordieran, sabemos por otra parte que unos navegantes ingleses, menos afortunados, perdieron la vida á consecuencia de la mordedura.

Cuando en 1837 el buque de guerra inglés *Abgerina* estaba anclado delante del puerto de Madrás, se cogió una serpiente marina de dos metros de largo, á la que uno de los marinos miró y examinó tan de cerca, que el reptil le mordió en el índice de la mano derecha. Hizo poco caso de la pequeña herida, tanto menos cuanto que le parecía recordar que otra vez le habían mordido serpientes acuáticas, sin experimentar ninguna mala consecuencia. Media hora después del mordisco almorzó, vistióse, y á las dos horas subió sobre cubierta; pero aquí comenzó á provocar de pronto; poco después disminuyó el pulso y cesó algunas veces del todo; las pupilas se dilataron y volvieron á estrecharse bajo la influencia de la luz; la piel se inundó de un sudor frío, y en el rostro se pintó una expresión de angustia; en una palabra, se presentaron todos los síntomas de una enfermedad grave. Pronto sobrevino también una parálisis de la laringe, que dificultó en extremo la respiración; los bordes de la herida y las partes inmediatas á la mano se hincharon; la inflamación se extendió mas tarde por todo el costado derecho, y el cuello y el rostro tomaron un color purpúreo oscuro y gris. El médico ordenó varios remedios; el enfermo hizo también todos los esfuerzos para tomarlos, pero sin resultado; solo después de un largo baño caliente pudo tomar las medicinas, pero arrojólas de nuevo, mezcladas con un líquido oscuro y pegajoso. Unos veinte minutos después del baño aumentaron las convulsiones, que habían comenzado ya desde el principio; el color oscuro se extendió por todo el cuerpo; la respiración se hizo mas y mas difícil; un líquido pardo oscuro fibroso salió de la boca; el infeliz perdió el conocimiento y murió á las cuatro horas.

Un segundo caso, con un resultado del todo análogo, ocurrió en mayo de 1869 con un capitán de buque, mordido al tomar un baño. La herida dolía tan poco que el hombre creyó que un cangrejo le había pellizcado; mas tarde no observó tampoco ningún síntoma de envenenamiento, habló mucho tiempo con uno de sus amigos, jugó y cantó, encontróse del mejor humor del mundo; solo á veces sentía un ardor singular que se extendió por todo su cuerpo, pero que parecía mas bien agradable que penoso. Al volver al buque, sin embargo, unas tres horas después del baño, se observó que se le entorpecía la lengua, circunstancia que le impidió hablar claramente; poco á poco sintió también cierta rigidez, al principio apenas perceptible, pero que luego se extendió mas y mas por los miembros. Tomó un poco de aguardiente y mandó llamar al médico, que al pronto se presentó para recetar una medicina; pero mas tarde, un natural de Birmania llamó su atención sobre la verdadera causa del mal. Al examinar minuciosamente el punto mordido, al lado del tendón de Aquiles, cerca del tobillo, distinguieron dos pequeñas heridas que apenas habían causado inflamación y tan solo ofrecían el aspecto de picaduras de mosquito. Entonces el médico propinó los remedios que le parecieron convenientes, haciendo beber al enfermo aguardiente en abundancia y un cocimiento de linaza; pero todo esto no produjo ya efecto. El capitán, empeorando cada vez mas, sucumbió al fin á las setenta y una horas después de ser mordido.

Cantor obligó á una serpiente marina de un metro cincuenta centímetros de longitud á morder á un ave, que

presentó inmediatamente después los síntomas de la parálisis y murió al cabo de cuatro minutos atacada de convulsiones; una segunda ave mordida por la misma serpiente, murió á los diez minutos; una tercera, envenenada por un platicerco de otra especie, á los siete minutos, etc. Muy notables son los experimentos que el mismo observador hizo en reptiles y peces. Una tortuga blanda (*Trionyx gangeticus*), mordida en el hocico por una serpiente marina (*Hydrophis schistosus*), comenzó cinco minutos después á rascar la parte herida con el pie, continuando algun tiempo en esta ocupación; pero á los diez minutos ya no pudo hacerlo porque sus extremidades estaban paralizadas é inmóviles; al cabo de catorce minutos estaba muerta. Era tan insignificante el cambio que había sufrido la parte mordida que no se observó nada de particular en el cadáver del animal. Otra tortuga de la misma especie murió cuarenta y seis minutos después de la mordedura. Un dipsárido experimentó cierta inquietud tres minutos después de ser herido; se arrastró desde un rincón de su jaula hasta el otro; pero al corto rato ya no pudo mover la parte posterior del tronco; diez y seis minutos después del envenenamiento abrió convulsivamente la boca, y murió al cabo de media hora. Un gran pez *Tetraodon potoca*, mordido por un hidrofido de 1^m,50 de largo, nadó durante los primeros tres minutos después del mordisco, en un cubo lleno de agua de mar; luego movió con violencia la cola y ya no pudo seguir una misma dirección, muriendo diez minutos después de haber recibido la herida.

De todos estos experimentos resulta que las serpientes marinas son tan terribles en su elemento como sus congéneres las serpientes venenosas en tierra firme.

No hay que decir que el alimento de todos los platicercos se compone de peces y crustáceos; los individuos adultos persiguen á los primeros, y los jóvenes á los segundos. Guenther encontró en el estómago abierto de varias serpientes marinas pececillos de casi todas las familias que con aquellas habitan, y entre ellos, individuos con espinas muy fuertes y agudas ú otras formaciones córneas. Tal armadura no puede proteger á los peces contra las serpientes marinas, ni tampoco impedir á estas que devoren su presa. Matan con el veneno, y no hacen ningún caso de las armas de su víctima, ni antes ni después de la muerte; en el último caso aun menos, porque devoran los peces empezando por la cabeza.

Todos los platicercos son muy voraces; por lo regular cazan en las capas superiores del agua, pero cuando reinan tempestades bajan á mayor profundidad. En los individuos cautivos se ha observado que los ojos pueden ensancharse y estrecharse considerablemente, de modo que prestan sus servicios en las profundidades mas diferentes. La plena luz del día, es decir, la que no está interrumpida por el agua, produce un efecto tan sensible en el ojo, que la pupila disminuye hasta parecer un puntito; de modo que los animales quedan del todo cegados, á juzgar por sus movimientos torpes.

Los naturalistas han tenido durante mucho tiempo sus dudas sobre la reproducción de los platicercos; pero al fin se han aclarado últimamente. Los hidrofis tantas veces citados en las descripciones anteriores (*Hydrophis schistosus*) se aparean, según las observaciones de Cantor, en febrero y marzo; enlázanse durante el acto, y vagan unidos mucho tiempo por las aguas, avanzando con movimientos uniformes.

Cantor no ha podido averiguar con exactitud el tiempo de la gestación, pero supone que será de unos siete meses; por lo que toca á la ovoviviparidad de estas especies no cabe duda alguna, pues ha sido perfectamente observada varias veces.

No se conocen mas enemigos de los platicercos que las

águilas de mar de la India oriental y los tiburones; en el estómago de uno de estos últimos encontró Peron restos de estos ofidios, que sin duda sorprendidos en su sueño, fueron devorados sin temor á los ganchos venenosos, por el voraz escualo.

No menos peligrosas que los terribles carnívoros del mar parecen ser las tempestades violentas que á menudo arrojan un gran número de esos reptiles á la costa, donde están perdidos si una ola amiga no vuelve á llevarlos á las profundidades de su elemento. A pesar de la gran agilidad que en él demuestran, son extremadamente torpes en tierra firme; apenas intentan arrastrarse por el suelo ni mover una parte de su cuerpo; al principio muerden furiosamente, pero se cansan pronto, y hasta se olvidan entonces de hacer uso de sus terribles armas. La luz los ciega; en tierra pierden no solo la fuerza sino también, según parece, el conocimiento. A los pocos días mueren con la misma seguridad que la ballena encallada en la costa.

A estos inconvenientes se agrega la persecución del hombre. Ningun pescador indígena vuelve á tirar las serpientes marinas que entre toda clase de peces saca en la red, sino que mata cuantas puede. Sin embargo, ni esta saña, ni todos los enemigos causan grandes perjuicios á estos reptiles; el mar los protege desgraciadamente, mejor de lo que podríamos desear, y su reproducción, bastante considerable, compensa muy pronto todas las pérdidas que sufren.

LOS VIPERIDOS

—VIPERIDÆ

CARACTERES.—Con las víboras empieza, según nuestra clasificación, la serie de las serpientes venenosas, consideradas por algunos naturalistas como un orden independiente. Su tronco es grueso; la cabeza plana, triangular y no cubierta de escudos; la cola corta y obtusa; la mandíbula superior atrofiada y provista únicamente de ganchos venenosos no acanalados; y los ojos situados verticalmente. Todos estos caracteres los distinguen en general, pero no en todos los casos, de las culebras venenosas y serpientes marinas; algunas especies de las primeras figuran además como tipos de transición; de modo que no nos parecen fundadas las razones para una separación tan importante. No dividimos de consiguiente el sub-orden de las serpientes venenosas, y consideramos las víboras y sus congéneres mas afines como familia de aquellas.

Los vipéridos son serpientes venenosas perfectamente caracterizadas, que se distinguen sobre todo por la estructura muy comprimida, y á veces informe de su fornido cuerpo; la cabeza es triangular, ó mejor dicho cuadrangular, aplanada, escamosa en la parte superior del hocico ó provista de numerosos escudos pequeños, de forma y distribución completamente irregular; la cola es corta, obtusa, cónica, y rara vez prensil. Se diferencian de los trigonocéfalos, únicas serpientes con que podrían confundirse, por la falta de una fosa rodeada de escamas que se encuentra en la región comprendida entre el orificio nasal y el ojo.

Según las detalladas investigaciones de Strauch, quien recientemente ha estudiado y descrito estos reptiles, y como siempre de la manera mas acabada, la familia de las víboras no cuenta sino veintidos especies conocidas, dos de las cuales se hallan en Europa, sin extenderse por Asia ni África; doce habitan en este último continente, y cuatro en el otro, perteneciendo las demás en comun á los dos. Su área general de dispersión no se divide sin embargo según las partes del mundo, sino en el territorio comprendido des-

de el Mediterráneo hasta el Océano Pacífico, en el norte, y en el etiópico del sur de Asia. En el primero, que tiene en cierto modo su centro en los países mediterráneos, viven nueve especies; en el sur de Asia dos y en Etiopía once. Estos datos, no obstante, deben rectificarse, después de quedar sentado que dos especies de Africa y de la India Oriental, consideradas como distintas, no constituyen sino una sola.

A excepción de tres especies poco conocidas aun y pertenecientes á un género especial, cuyos individuos son arborícolas, las víboras son serpientes venenosas pesadas, que viven siempre en tierra y observan el género de vida de los animales nocturnos, no mostrándose activas hasta después de ponerse el sol. Los vertebrados, sobre todo los pequeños mamíferos y las aves, y algunas veces también los lagartos, pero no los peces, constituyen esencialmente su alimento. Solo las especies más pequeñas y más ágiles emprenden largas cacerías: tienen la costumbre de acechar pacientemente su presa; apenas la divisan precipítanse sobre ella, muérlenla con sus terribles dientes y esperan tranquilas el efecto del veneno, casi siempre mortal. Son más perezosas que las demás serpientes de la familia, pero por lo mismo más traidoras que todos sus congéneres, á lo cual se une su irascibilidad, su carácter furioso y su perfidia. A pesar de su terrible armadura y de su veneno, que no es inferior á ninguno por su eficacia, son mucho menos funestas para el hombre que la culebra venenosa, y también menos peligrosas que sus congéneres más afines, los bothrops, lo cual no impide que ocasionen hartas desgracias. Todas justifican su nombre, pues todas dan á luz su progenie viva; su reproducción no es muy considerable, pero su resistencia contra las influencias peligrosas muy notable y el número de sus enemigos relativamente reducido, por lo que se explica fácilmente la abundancia de esos reptiles. Por eso se recomienda encarecidamente la aplicación de todos los medios de exterminio de que se puede valer el hombre como un deber imprescindible.

LAS VÍBORAS Ó PELIAS—VIPERA

CARACTÉRES.—El género de las víboras (*vipera*) constituye el núcleo de la familia, cuyo carácter distintivo diferencial se funda en los escudos de la cola, divididos y distribuidos en dos series longitudinales. Pertenecen á esta subdivisión de la familia, que comprende muchos subgéneros, nada menos que diez y siete especies, siendo de notar que todos los viperidos que habitan en Europa son víboras.

LA VÍBORA COMUN—VIPERA BERUS

CARACTÉRES.—Consideramos á la víbora comun (*vipera berus*) como prototipo del género de las víboras y de toda la familia en general. Representa al subgénero de las pelias (*Pelias*), llamados así por la lanza de Aquiles, cuya asta procedía del monte Pelion. Se caracteriza esta víbora por tener las escamas de la parte anterior de la cabeza convertidas en escudos, y por no existir sino una serie de escudos entre el ojo y los del labio superior que se hallan debajo del mismo. La coloración es muy variada, pero siempre se ve á lo largo de todo el dorso una faja en zig-zag, que muy bien puede considerarse como un carácter distintivo.

Presenta esta serpiente la cabeza en su parte posterior mucho más ancha que el cuello, bastante aplanada y ligeramente redondeada por delante; el cuello marcadamente destacado y algo comprimido por los lados; el cuerpo grueso en las inmediaciones del cuello, más aplanado en el centro, de modo que aparece allí más ancho que alto; la región abdominal igualmente aplanada, y la cola, que en proporción

á la longitud total del cuerpo parece corta, se adelgaza bruscamente en el último tercio de su extensión, terminando en una punta corta y dura. Diferéncianse macho y hembra en que el primero presenta el cuerpo más corto y esbelto, mientras que su cola es relativamente más larga y más gruesa que en esta última. Mide el macho en todo su desarrollo unos 0^m,62, raras veces dos ó tres centímetros más, y á menudo algunos menos; la hembra suele alcanzar una longitud total de 0^m,75.

Podemos, pues, decir que la cabeza de esta víbora representa una vigésima parte de dicha dimensión, mientras que en la hembra dicho apéndice no alcanza sino un octavo. Por lo que toca á la escamación, presenta el pelias el escudo labial con tres puntas redondeadas, y recortado por debajo en forma de arco para dejar paso á la lengua; á cada lado del mismo se encuentran dos escudos en forma de pentágono y cerca de su borde las grandes ventanas nasales. La parte anterior de la cabeza lleva tres pequeños escudos triangulares, de los cuales el anterior prolonga una de sus extremidades entre los dos que le siguen. Entre las aberturas de la nariz forman semicírculo seis pequeños escudos redondeados, y entre estos y las grandes placas superciliares aparecen otros ocho de forma parecida. Las escamas que cubren el resto del cuerpo afectan por lo general una forma ovalada, que se estrecha y prolonga en la región dorsal, mientras que aparece más ensanchada hácia los lados y en la cola. Todas las escamas tienen una quilla longitudinal más ó menos marcada, estándolo muy ligeramente en las que componen la fila más próxima á los escudos abdominales; toda la parte inferior del cuerpo está protegida por anchos escudos transversales, que en la cola se hallan dispuestos en doble fila. El número de estos escudos oscila entre extremos tan apartados, que no se puede en manera alguna fijarle límites aproximados, no siendo menos variable el número y la configuración de las placas cefálicas.

Muy pocas culebras habrá que varíen tanto en su coloración como la víbora comun, pero se puede consignar como regla que el color predominante del macho es siempre claro, y el de la hembra oscuro; en el primero se observan los tintes blanco, gris plateado, gris ceniciento oscuro, verde mar, amarillo claro y pardo; en la segunda predomina el gris pardo, pardo rojo, verdoso de aceite, pardo negro y otros. Sin embargo, por variado que sea el fondo, la faja longitudinal denticulada resalta moderadamente, no siendo imperceptible ó poco visible sino en las hembras de un color muy oscuro. Esta faja, «signo de Cain» en nuestras culebras venenosas de Europa según la llamó Linck, se corre en zig-zag desde la nuca hasta la extremidad de la cola á lo largo de todo el dorso, y hállase cubierta en ambos lados por una serie longitudinal de manchas oscuras. Sin embargo, no solo varía su anchura, sino también la forma de cada una de las manchas que la componen. Este distintivo suele consistir en un cordón de figuras cuadrangulares sucesivas, que alternando irregularmente afectan la forma de rombos, dispuestos los unos diagonalmente y los otros en ángulo recto; algunas veces la faja se resuelve en manchas transversales ó redondeadas; las de los lados, que por lo regular alternan con las grandes, se dividen también en pequeños puntos. La coloración de la faja depende, según Strauch, del color que predomina en el individuo; de modo que en los pelias de color pardo amarillento claro ó de arena las fajas y manchas son de un castaño claro; en los individuos de color más oscuro, de un pardo más ó menos intenso, y en los individuos muy oscuros, completamente negros. Además de esta faja en zig-zag, llama la atención el dibujo de la cabeza, al que este reptil debe su nombre alemán de *víbora de Cruz*: son dos

fajas longitudinales rodeadas de manchas y líneas irregulares parten del centro de la coronilla donde á veces casi se tocan; desde los escudos oculares se corren otras fajas hácia el centro del occipucio, uniéndose en algunos individuos por medio de una mancha de igual color y volviendo después á separarse, de tal manera que hácia atrás forman un marcado triángulo, cuyo ángulo agudo se dirige hácia delante, mientras que los dos lados abarcan el primer cuadrado del lomo. Las regiones inferiores del pelias son casi siempre de un gris oscuro ó casi negro; pero cada escudo presenta por lo regular varias manchas amarillentas de formas en extremo varia-

das, aisladas ó reunidas. Las víboras de esta especie que tienen las regiones superiores muy claras, son también de un color mucho más claro en la cara inferior del cuerpo, donde cada uno de los escudos presenta pequeñas manchas de color oscuro, y hasta negruzco.

Para demostrar lo mucho que varía la coloración de estos reptiles, citaremos la comparación que hizo Linck entre diez individuos que tuvo á la vez delante de sí. Uno de los machos presentaba sobre fondo azul plateado la línea sinuosa de color negro de azabache, el segundo blanco verdoso y negro pardo, el tercero amarillo blanquizo y negro azulado,

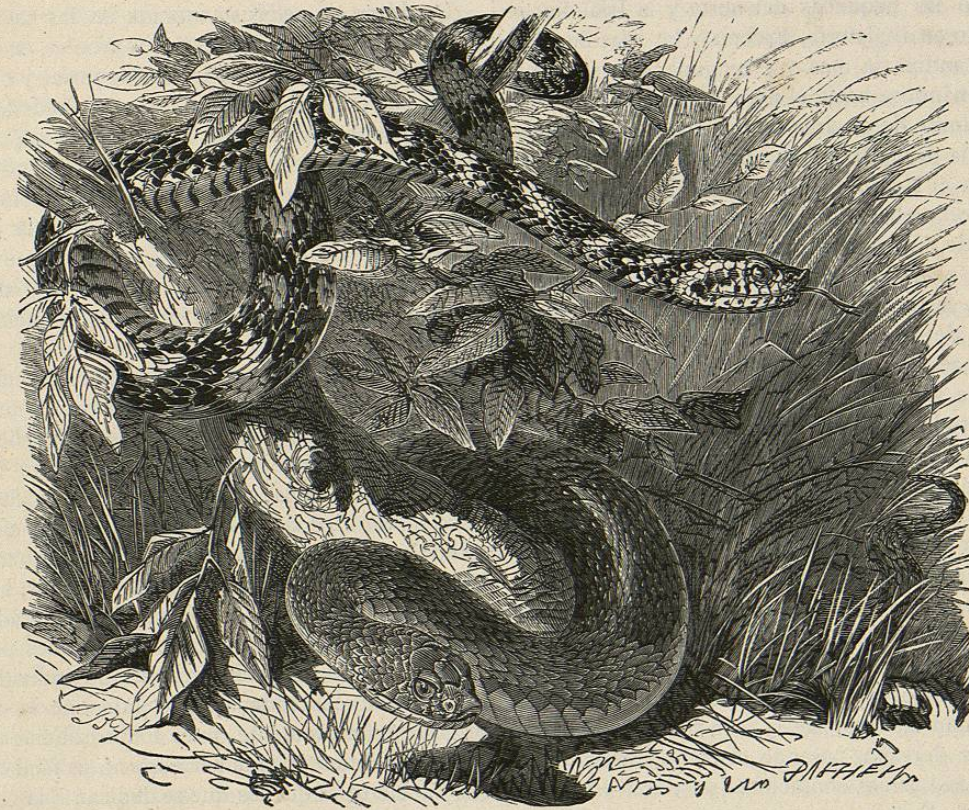


Fig. 79.—LA VÍBORA DE NARIZ ANCHA

Fig. 80.—LA VÍBORA NEGRA

y el cuarto blanco pardusco y negro rojizo, respectivamente; mientras que en las seis hembras se observaban las siguientes combinaciones: pardo gris y negro ceniciento, pardo claro mezclado de verde y gris sucio, pardo gris mezclado de verde aceituna y gris negruzco, pardo y pardo oscuro, verde oscuro y negro mate, y, por último, en la sexta, apenas se distinguía el dibujo del fondo, siendo ambos casi de la misma tinta negra. Los escudos abdominales son, por lo general, negros azulados, salpicados de blanco en los bordes, pero esta coloración no es constante en todos los individuos, y está sujeta á gran variedad.

El ojo grande, redondo y vivo, comunica á la placa superciliar saliente, que lo cubre, cierta expresión maligna y provocadora, que aumenta la forma lineal de la pupila é inclinación de abajo arriba, y hácia atrás de la misma. A la luz del sol, la pupila apenas es perceptible, mientras que en la oscuridad se ensancha extraordinariamente. El iris aparece, por lo comun, rojo vivo de fuego, y las hembras, de coloración más oscura, lo tienen pardo rojizo.

Entre las muchas variedades de la especie, la más oscura ha sido la más distinguida por varios erpetólogos, considerándola como una especie aparte, á la que habían dado el nombre de *Vipera prester* (fig. 80); sin embargo, llamaba la atención de los observadores que todos los individuos de

esta especie fueran hembras, hasta que, habiéndose recibido algunas preñadas, reconocióse que los hijuelos no se diferenciaban en manera alguna de otros pelias; de modo que se demostró que la supuesta especie no era sino una variedad.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El área de dispersión del pelias no solo es más extensa que la de todos los demás congéneres propios de Europa, sino más también que la de cualquiera otra serpiente terrestre, pues se prolonga, según Strauch, desde Portugal hasta el este de la isla de Sakhalien; en Escandinavia pasa del círculo polar, y en el sur llega por un lado hasta el mediodía de España, y por el otro hasta la frontera septentrional de Persia.

En Alemania no falta en ningún país, aunque parece escasear su Nassau y en los países del Rin en general; así por ejemplo, no se ha observado hasta ahora en el Palatinado bávaro, mientras que abunda en Baden, sobre todo en la Selva Negra, y no menos en Wurtemberg, donde se ven numerosos individuos, particularmente en los Alpes de Suabia y en el Rauhin. Habitan en todos los distritos de Baviera, excepto en el Palatinado, y asimismo se encuentran en el norte de Alemania, en ciertos puntos con extremada abundancia; en el centro y el este de nuestra patria; en Thuringia, Sajonia, Silesia, Pomerania, Posen y la Prusia Oriental y Occidental; viven además en casi todos los Estados del